

escapan, y más que ya muchos habíamos creído morir de hambre. Sólo el práctico flojo y el miserable egoísta estaban ocupados de la mayor melancolía, que en este último pasó á la más funesta desesperación, pues cansado de llorar, jurar, renegar y desmecharse, viendo que el barco se apartaba del lugar donde dejaba su tesoro, lleno de rabia y ambición, dijo: ¿para qué quiero la vida sin dinero? Y diciendo y haciendo se arrojó al mar sin que lo pudiéramos estorbar ninguno de cuantos estábamos á su lado.

En vano fué la diligencia de echar al agua una guindola, pues como no sabia nadar, en cuanto cayó se fué á plomo y desapareció de nuestra vista, dejándonos llenos de compasión y espanto.

El piloto, que no soltaba la sonda de la mano, cuando se vió fuera de los bancos y en lugar proporcionado, hizo fondear la nao y asegurarla con las anclas: se recogieron las velas, se amarró el timón, y se echaron al mar todos los esquifes, botes y lanchas que llevábamos, y tripulándose con la gente más útil y algunos buenos buzos, se embarcó con ellos y fué á tentar la restauración de los caudales, lo que consiguió con tan feliz éxito, que ayudado del tiempo sereno que corría, á las veinticuatro horas ya estaban en el navío todos los baúles y cajones de plata que se habían tirado, hasta los de el infeliz y avaro egoísta, cuyo cuerpo tuvo ménos suerte que su dinero, y quién sabe si su alma la tendría más desgraciada que su cuerpo.

Reembarcados los intereses en el navío y reconocidos por sus dueños por las respectivas marcas, se hizo una general promesa á María Santísima en muy justa acción de gracias por tanto beneficio, y tomada razón de los cajones y baúles que pertenecían al egoísta, se entregaron en depósito al coronel para que los pusiera en manos de su desgraciada familia, que era más digna de poseerlos.

A los quince ó veinte días de este suceso fué el de la Inmacu-

lada Concepción de la Reina de los Angeles, patrona de las Españas, con cuyo motivo se empavesó el barco y hubo todo el día una repetida y solemne salva de artillería, lo que me causó una agradable sorpresa, como causa á cualquiera que por la primera vez ve una embarcación llena de gallardetes y banderas de diversos colores y figuras, que denotan las de cada nación, y las de las señas particulares que usan en el mar. A más de eso, el verlas colocar y quitar casi á un tiempo me causó no poca admiración, aunque yo no la manifesté, pues ya el coronel me habia dicho, que manifestar con vehemencia nuestra admiración por cualquiera cosa, era señal de tontos, lo mismo que ver las cosas más raras con una indiferencia de mármol.

Este hombre, cuya memoria se perpetuó en la mía, no perdía, como he dicho, las ocasiones de instruirme, y según su loable sistema, que jamás seré bastante á agradecer; un día que lo peinaba, se acordó del desgraciado fin del egoísta y me dijo: ¿te acuerdas, hijo, del pobre de D. Anselmo? ¡Pobrecito! El se echó al mar y perdió la vida, y quizás el alma, por la falta de su dinero. ¡Ah dinero, funesto motivo de la ruina temporal y eterna de los hombres! Días ha que un gentil llamó neciamente sagrada [mejor hubiera dicho maldita] la hambre del oro, y exclamó que ¿á qué no obligaría á los mortales? Hijo: nunca sean la plata ni el oro los resortes de tu corazón; jamás la codicia del interés sea el eje sobre el que se mueva tu voluntad. Busca el dinero como medio accidental, y no como el único ni el necesario para pasar la vida. La liberal sabiduría de Dios cuando crió al hombre lo proveyó de cuanto necesitaba para vivir, sin acordarse para nada del dinero; séame lícita esta expresión para que me entiendas: crió Dios en la naturaleza todo lo necesario para el hombre, ménos pesos acuñados en ninguna casa de moneda, prueba de que éstos no son necesarios para su conservación.

Mientras el hombre se contentó con atender á sus necesidades

con sólo los auxilios de la naturaleza, no estrañó para nada el dinero; pero despues que se entregó al lujo, ya le fué preciso valerse de él para adquirir con facilidad lo que no podia conseguir de otra manera.

Yo no condeno el uso de la moneda: conozco las ventajas que nos proporciona; pero me agrada mucho el pensamiento de los que han probado que no consisten las riquezas en la plata sino en las producciones de la tierra, en la industria y en el trabajo de sus habitantes; y tengo por una imprudencia el empeño con que buscamos las riquezas de entre las entrañas de la tierra, desdeñándonos de recogerlas de su superficie con que tan liberal nos brinda. Si la felicidad y la abundancia no viene del campo, dice un sabio inglés, es en vano esperarla de otra parte.

Muchas naciones han sido y son ricas sin tener una mina de oro ó plata, y con su industria y trabajo saben recoger en sus senos el que se extrae de las Américas. La Inglaterra, la Holanda y el Asia son bastantes pruebas de esta verdad; así como es evidente que las mismas Américas, que han vaciado sus tesoros en la Europa, Asia y Africa, están en un estado deplorable.

Poseer estos preciosos metales sin más trabajo que sacarlos de los peñascos que los cubren, es en mi entender una de las peores plagas que puede padecer un reino; porque esta riqueza, que para el comun de los habitantes es una ilusion agradable, despierta la codicia de los extranjeros, y enerva la industria y laborio de los naturales.

No son estas proposiciones metafísicas, ántes tocan las puertas de la evidencia. Luego que en alguna parte se descubren una ó dos minas ricas, se dice estar aquel pueblo en bonanza, y es precisamente cuando está peor. No bien se manifiestan las vetas, cuando todo se encarece: se aumenta el lujo: se llena el pueblo de gentes estrañas, acaso las más viciosas: corrompen éstas á las naturales: en breve se convierte aquel real en un teatro escandaloso de crímenes: por todas partes sobran juegos,

embriagueces, riñas, heridas, robos, muertes y todo género de desórdenes. Las más activas diligencias de la justicia no bastan á contener el mal ni en sus principios. Todo el mundo sabe que la gente minera es por lo regular viciosa, provocativa, soberbia y desperdiciada.

Pero se dirá que estos defectos se notan en los operarios. Con que no me nieguen esto que es más claro que la luz, me basta para probar lo que quiero.

A más de lo dicho, en un mineral en bonanza ó escasean los artesanos, ó si hay algunos, se hacen pagar con exorbitancia su trabajo. Los labradores se disminuyen, ó porque se dedican al comercio de metales, ó porque no hay jornaleros suficientes para el cultivo de la tierra, y cáta ahí que dentro de poco tiempo aquel pueblo tiene una subsistencia precaria y dependiente de los comarcanos.

Los muchachos pobres, que son los más, y los que algun dia han de llegar á ser hombres, no se dedican ni los dedican sus padres á aprender ningun oficio, contentándose con enseñarlos á acarrear metales, ó á espulgar las tierras, que vale tanto como enseñarlos á ociosos.

Este es el cuadro de un mineral en bonanza; su decantada riqueza se halla estancada en dos ó tres dueños de las minas, y el resto del pueblo apenas subsiste de sus migajas. Yo he visto familias pereciendo á las orillas de los más ricos minerales.

Esto quiere decir, que á proporcion de lo que sucede en un pueblo mineral, sucede lo mismo, y con peores resultados, en un reino que abunda en oro y plata como las Indias. Por veinte ó treinta poderosos que se cuentan en ellas, hay cuatro ó cinco millones de personas que viven con una escasa mediania, y entre éstos muchas familias infelices.

Si no me engaño, la razon de paridad es la misma en un reino que en un pueblo; y si desde un pueblo descende la comparacion á un particular, se han de observar los mismos efectos pro-

cedentes de las mismas causas. Hagamos una hipótesis con dos muchachos bajo nuestra absoluta direccion, que se llamen uno *Pobre* y el otro *Rico*: que á éste lo eduquemos en medio de la abundancia, y á aquel en medio de la necesidad. Es claro que el *Rico*, como que nada necesita, á nada se dedica y nada sabe; por el contrario el *Pobre*, como que no tiene ningunos auxilios que lo lisongeen, y por otro lado la necesidad lo estrecha á buscar arbitrios que le hagan ménos pesada la vida, procura aplicarse á solicitarlos, y lo consigue al fin á costa del sudor de su rostro. En tal estado, supengamos que al muchacho *Rico* acaece alguna desgracia de aquellas que quitan este sobrenombre al que tiene dinero, y se ve reducido á la última indigencia. En este caso, que no es raro, sucede una cosa particular que parece paradoja: el *Rico* queda pobre y el *Pobre* queda rico; pues el muchacho que fué rico es más pobre que el muchacho *Pobre*, y el muchacho que nació pobre es más rico que lo fué, como que su subsistencia no la mendiga de una fortuna accidental, sino del trabajo de sus manos.

Esta misma comparacion hago entre un reino que se atiende á sus minas y otro que subsiste por la industria, agricultura y comercio. Este siempre florecerá, y aquel caminará á su ruina por la posta.

No sólo el reino de las Indias, la España misma es una prueba cierta de esta verdad. Muchos políticos atribuyen la decadencia de su industria, agricultura, carácter [1], poblacion y comercio, no á otra causa que á las riquezas que presentaron sus colonias. Y si esto es así, como lo creo, yo aseguro que las Américas serian felices el día que en sus minerales no se hallara ni una sola veta de plata ú oro. Entónces sus habitantes recurririan á la agricultura, y no se verian como hoy tantos centenares de leguas de

(1) Entiéndese aquel antiguo vigor y desprecio del lujo que no conocieron los Godos, Visigodos, etc.

tierras valdías, que son por otra parte ferásísimas: la dichosa pobreza alejaria de nuestras costas las embarcaciones extrangeras que vienen en pos del oro á vendernos lo mismo que tenemos en casa; y sus naturales, precisados por la necesidad, fomentaríamos la industria en cuantos ramos la divide el lujo ó la comodidad de la vida: esto seria bastante para que se aumentaran los labradores y artesanos, de cuyo aumento resultarían infinitos matrimonios que no contraen los que ahora son inútiles y vagos; la multitud de enlaces produciría naturalmente una numerosa poblacion que, extendiéndose por lo vasto de este fértil continente, daría hombres apreciables en todas las clases del estado: los preciosos efectos que cuasi privativamente ofrece la naturaleza á las Américas en abundancia, tales como la grana, algodón, azúcar, cacao, etc., etc., serian otros tantos renglones riquísimos que convidarian á las naciones á entablar con ellas un ventajoso y activo comercio, y finalmente, un sinnúmero de circunstancias que precisamente debian enlazarse entre sí, y cuya descripcion omito por no hacer más prolija mi digresion, harian al reino y su metrópoli más ricos, más felices y respetados de sus émulos que lo han sido desde la época de los Corteses y Pizarros.

No creas que me he desviado mucho del asunto principal adonde dirijo mi conversacion. Esto que te he dicho es para que adviertas que la abundancia de oro y plata está tan lejos de hacer la verdadera felicidad de los mortales, que ántes ella misma puede ser causa de su ruina moral, así como lo es de la decadencia política de los estados, y por tanto no debemos ni hacer mal uso del dinero, ni solicitarlo con tal afán, ni conservarlo con tal anhelo, que su pérdida nos cause una angustia irreparable, que tal vez nos conduzca á nuestra última ruina, como le sucedió al necio D. Anselmo.

Este desgraciado creyó que toda su felicidad pendia de la posesion de unos cuantos tepalcates brillantes: perdiólos en su concepto: la negra tristeza se apoderó de su avaro corazón, y no

puediendo resistirla, se precipitó al mar en el exceso de su desesperacion, perdiendo de una vez el honor, la vida, y plegue á Dios no haya perdido el alma.

Este funesto suceso lo presenciaste, y jamás te acordarás de él sin advertir que el oro no hace nuestra felicidad, que es un gran mal la avaricia, y que debemos huirla con el empeño posible.

No pienses por esto que te predico el desprecio de las riquezas con aquel arte que muchos filósofos del paganismo, que hablaban mal de ellas por vengarse de la fortuna que se les habia manifestado escasa. Ni ménos te recomendaré ensalzando sobre las nubes la pobreza, cuando yo, gracias á Dios, no la padezco. No soy un hipócrita: quédese para Séneca decir en el seno de la abundancia: *que es pobre el que cree que lo es: que la naturaleza se contenta con pan y agua, y para lograr esto nadie es pobre: que no es ningun mal sino para el que la rehusa*, y otras cosas á este modo, que no le entraban, como dicen, de dientes adentro; pues en la realidad al tiempo que escribia esto disfrutaba la gracia de Nerón, era querido de su mujer, poseía grandes rentas, habitaba en palacios magníficos y se recreaba en deliciosos jardines.

¡Qué cosa tan dulce, dice un autor, es moralizar y predicar virtud en medio de estos encantos! Pretender que el hombre mortal, viador y rodeado de pasiones sea enteramente perfecto, es una quimera. La virtud es más fácil de ensalzarse que de practicarse, y los autores pintan al hombre no como es, sino como debe ser: por eso tratamos en el mundo pocos originales cuyos retratos manejamos en los libros. El mismo Séneca, penetrado de esta verdad, llega á decir: *que era imposible hallar entre los hombres una virtud tan cabal como la que él proponia, y que el mejor de los hombres era el que tenia ménos defectos. Pro optimo es minimè malus*. Asi es que yo ni exijo de tí un desprecio total de los bienes de fortuna, ni ménos te exhorto á que abracés una po-

breza holgazana (1) Si un brillante estado de opulencia pone al hombre en el riesgo de ser un inícuo por la facilidad que tiene de satisfacer sus pasiones; el miserable estado de la pobreza puede reducirlo á cometer los crímenes más viles.

Estoy muy léjos de decirte que la pobreza hace sabios y virtuosos, como decia Horacio á Floro: ménos te diré que el más pobre es más feliz como que vive más libre é independiente, como he oido decir á muchos que envidian la suerte del pobre cargador: me acuerdo de la graciosa definicion que da Juvenal en la Sat. III de la decantada libertad del pobre, y no la envidia. Dice este genio festivo que *su libertad consiste en pedir perdon al que lo ha injuriado, y en besar la mano que lo golpea para poder escapar con algunos dientes en la boca*. ¡Grandes privilegios tiene la libertad de esta clase de pobres! A lo que se puede agregar su ninguna vergüenza y una resignacion de mármol para sufrir las incomodidades de la vida; pero de esta pobreza debes huír.

Yo lo que te aconsejo es que no hagas consistir tu felicidad en las riquezas: que no las desees ni las solicites con ánsia; y tenidas, que no las adores ni te hagas esclavo de ellas; pero tambien te aconsejo que trabajes para subsistir, y últimamente que apetezcas y vivas contento con la medianía, que es el estado más oportuno para pasar la vida tranquilamente.

Este consejo es sabio y dictado por el mismo Dios en el cap. 80, v. 9 de los Proverbios, en boca de aquel prudente que decia: "Señor, no me deis ni pobreza ni riquezas: concededme solamente lo necesario para pasar la vida; no sea que en teniendo mucho me ensoberbezca y os abandone diciendo: ¿quién es el Señor? O que viéndome afligido por la pobreza me desespere y hurte ó vulnere el nombre de mi Dios perjurando. . . .

Aquí llegaba el coronel, cuando interrumpió su conversacion

(1) Con esta expresion dió á entender el coronel que no hablaba de pobreza evangélica, la que siempre es recomendable, pero no es para todos, pues no todos tenemos aquella disposicion de espíritu que requiere.

el palmoteo y gritería de los grumetes y gente del mar, que gritaban alborozados sobre la cubierta: *tierra, tierra.*

Al eco lisonjero de estas voces, todos abandonaron lo que hacían, y subieron unos con anteojos y otros sin ellos para certificarse por su vista ó por la agena, de si era realidad lo que habían anunciado los gritos de los muchachos.

Cuanto más avanzaba el navío sobre la costa, más se aseguraban todos de la realidad, lo que fué motivo para que el comandante mandara dar aquel dia á la tripulación un buen refresco y racion doble, que recibieron con mayor gusto cuando el piloto, que ya estaba restablecido, aseguró que con la ayuda de Dios y el viento favorable que nos hacia, al dia siguiente desembarcaríamos en Cavite.

Aquella noche y el resto del dia prefijado se pasó en cantos, juegos y conversaciones agradables, y como á las cinco de la tarde dimos fondo en el deseado puerto.

La plana mayor comenzó á desembarcar en la misma hora, y yo logré esta anticipacion con mi jefe. Al dia siguiente se verificó el desembarque general, y concluido, trataron todos de pasar á Manila que era el lugar de su residencia, siendo de los primeros nosotros, como que el coronel no tenia conexiones de comercio que lo detuvieran.

Llegamos á la ciudad: entregó mi coronel la gente forzada al gobernador, puso los caudales del egoísta en manos de su familia, ocultándole con prudencia el triste modo de su muerte, y nos fuimos para su casa, en la que le serví y acompañé ocho años que eran los de mi condena, y en este tiempo me hice de un razonable capital por sus respetos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LO

CONTENIDO EN ESTE TERCER TOMO.

Cap. I. *En el que refiere Periquillo cómo se acomodó con el Dr. Purgante: lo que aprendió á su lado: el robo que le hizo: su fuga, y las aventuras que le pasaron en Tula, donde se fingió médico.* 3

Cap. II. *Cuenta Periquillo varios acaecimientos que tuvo en Tula, y lo que hubo de sufrir al señor cura.* 28

Cap. III. *En el que nuestro Perico cuenta cómo concluyó el cura su sermón: la mala mano que tuvo en una peste, y el endiablado modo con que salió del pueblo, tratándose en dicho capítulo por via de intermedio algunas materias curiosas.* 44

Cap. IV. *En el que se cuenta la espantosa aventura del locero, y la historia del trapiento.* 57

Cap. V. *En el que cuenta Periquillo la bonanza que tuvo: el paradero del escribano Chanfaina: su reincidencia con Luisa, y otras cosillas nada ingratas á la curiosidad de los lectores.* 78

Cap. VI. *En el que se refiere cómo echó Periquillo á Luisa de su casa, y su casamiento con la niña Mariana.* 99

Cap. VII. *En el que Periquillo cuenta la muerte de su mujer: la suerte de Luisa y una sangrienta aventura que tuvo, con otras cosas deleitables y pasaderas.* 123

Cap. VIII. *En el que se refiere cómo Periquillo se metió á sacristan: la aventura que le pasó con un cadáver; su ingreso en la cofradía de los mendigos, y otras cosillas tan ciertas como curiosas.* 131